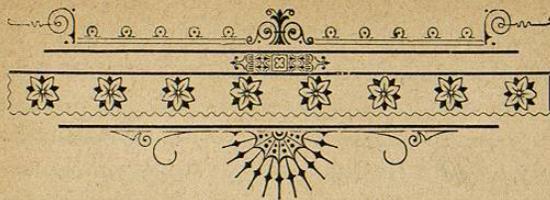
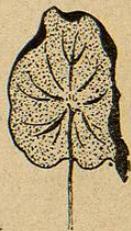


Huelgan los comentarios ante un hecho tan prodigioso. Ya no debe causarnos extrañeza ver al Doctor preclarísimo caminar á paso de gigante de virtud en virtud derramando por el mundo los rayos de su ciencia y los tesoros de su heroica santidad. Un niño que es anunciado por el cielo antes de aparer en la tierra, un niño que se ofrece entre las sonrisas de su cuna como un sol de luz y de resplandores, un niño á quien se le van milagrosamente el corazón y todas las potencias tras la Virgen Inmaculada y Trono de la Sabiduría, no es posible que un niño como ése no sea un nuevo Angel del Apocalipsis á quien Dios ha entregado las llaves con que se descubren los secretos de la ciencia y de los misterios más escondidos y augustos.



CAPÍTULO II

EDUCACIÓN RELIGIOSA DE SANTO TOMÁS

No hay edad más bella que la infancia, ni tarea más espinosa y difícil que su educación. «Cosa es la infancia, dice un escritor, que así se deshace con el calor excesivo, como se endurece con el frío extremado. Conservarla en el grado preciso para que pueda tomar la forma deseada, sin que se quiebre ó se deshaga entre las manos, es el misterio del arte de la educación» (1).

Cual mansísimo y trasparente lago en que se reflejan todas las bellezas ó fealdades de la ribera, así la niñez reproduce todas las impresiones exteriores y conserva acrecentándolos cuantos sentimientos resuenan en su corazón y hacen vibrar la más imperceptible de sus fibras delicadísimas. Si hay flores en la orilla y luces en el cielo; si los

(1) Pereda. Tomo XI de sus Novelas.

sentimientos que llegan al alma del niño son puros y hermosos, en el limpio cristal de las facultades infantiles se dejarán ver esas flores que un día llegarán á producir frutos sazonadísimos y en el corazón del niño aparecerán esos sentimientos nobles que serán en lo sucesivo luz y norte en medio de las borrascas de la vida. Un niño no es un monigote ó figurín de escaparate á quien puede vestirse y desvestirse según el capricho de los mirones importunos; el niño es algo más grande, es un ser vivo, racional, con un entendimiento donde llamea la lumbré de Dios y un corazón en que se han depositado tesoros de amor inmenso. Todo es delicado y vaporoso en el infante: su alma, asomándose á los sentidos, parece que anda en busca de luz y de impresiones y el envase de esa alma, el cuerpo, santuario del espíritu, es también tierno y delicado, descubriéndose su inocencia en la mirada de los ojos aún no empañados con ninguna sombra de vicio, en el brillo de la frente en la que se clarea el pensamiento angelical, en la sonrisa de los labios donde la gracia y el candor se confunden y en todas las actitudes y meneos en que no se divisa la vergüenza del mal, ni el remordimiento de la culpa.....

¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!... (1).

(2) Selgas. *La Primavera y el Estío*.

Querer educar al niño como se educa un mineral con los preparativos químicos; pretender que la formación del niño sea semejante á la de una bestia que se engorda para el mercado, juzgar que al niño se le ilustra con atiborrarle de planes indigestos y soporíferos que son letra muerta que no lleva jugo ni savia al corazón, es no conocer la infancia ni la dignidad del niño y desear que el árbol se robustezca y medre sin cuidarse de que la tierra esté dispuesta y de que el riego abundoso proporcione á la planta elementos de nutrición y de vida. De esta falta de ideas ó sobra de malicia, procede con frecuencia el desconcierto en la decantada reorganización de la juventud á la que se trata de deslumbrar con un cargamento anual de asignaturas de nombres aparatosos y materias informes, olvidándose del corazón que en estas aventuras apenas rompe lanza alguna y como no le señalan campo de acción, busca él otros espacios por los que se lanza atolondrado encontrando quizás y al fin de la jornada la ruina y la perdición.

No es sólo la inteligencia la que hay que perfeccionar; junto con esa facultad maravillosa anda siempre el corazón, y mal puede enseñarse al entendimiento si la voluntad se descansa y no recibe la semilla de la moralidad y del deber. Y de esta educación doble que abarque al niño en todo

su ser, nadie atiende tan al vivo ni lo toma con más ahínco que la madre santa y virtuosa que vela los sueños de la inocencia de los niños y descubre la primera el velo ante los ojos de la infancia para que los ángeles de la tierra vean en lontananza el horizonte en que se han de espaciar en busca de luz y de dicha. ¡Felices los niños que tienen una madre santa y cariñosa!... Los gérmenes de educación traspasados del corazón maternal, quedarán siempre depositados como perlas hermosas en el fondo del alma infantil y allí quedarán grabados con caracteres imborrables sirviendo de pauta y de fuente de dulzuras en todos los vaivenes de la vida.

La educación del niño de los Condes de Aquino, tuvo todas las ventajas del amor y de la virtud cristiana. Su madre le acarició cuando fué tierno infante con todo el halago y la efusión de que es capaz el alma enamorada de una madre. Y era tan buena aquella madre y era tan encantador aquel hijo que entre los corazones de ambos, se estableció una corriente placidísima de afectos. ¡Cuántas veces la tierna madre, arrullando los sueños virginales del hijo, contemplaría absorta los indicios maravillosos que se traslucían como reflejos de gloria inefable en el rostro del bendito niño! ¡En cuántas ocasiones, al imprimir con amor inmenso un beso en la frente de Tomás, pediría la madre

al cielo que los ángeles velasen los años de su inocencia y las virtudes hiciesen su trono en lo más íntimo del alma y del corazón de su hijo! Cuántas veces, abrazando enamorada al fruto dichoso de sus entrañas y acariciándole con efusión maternal, exclamaría como doña Blanca de Castilla al ver dormir en sus brazos á su hijo San Luis: Hijo mío; te amo como á una parte de mi corazón, pero antes de verte en desgracia de Dios, quisiera verte muerto en mis propias manos!

De tales madres, no pueden dejar de salir buenos hijos; con semejantes principios de educación, los fines han de ser forzosamente grandiosos y dignos de los pocos sabios que en el mundo han sido; al calor de una madre santa y temerosa de Dios, con sus consejos, con su ejemplo y sus oraciones y lágrimas, los niños han de ser su corona y su lustre en la historia y en el libro de la vida donde las acciones humanas aparecen con su premio y recompensa.

El niño Tomás, fué indudablemente del número de esos hijos privilegiados á quien el Señor con providencia amorosa va preparando el camino y abriéndoles paso en el Calvario de la vida, dándoles un corazón de oro y bien formado, y enviándoles ángeles que sean sus compañeros y custodios en los años de la infancia. Muestras de esa Providencia infinita á la que cooperaba la solicitud de

una madre santa y tierna, fueron, con los prodigios que se descubrieron en la niñez de Tomás, las caricias con que la noble Condesa Teodora meció la cuna de su hijo, las enseñanzas que depositó como en sagrado depósito en el alma del niño y el haberse desprendido del candoroso é idolatrado infante al entregarle, cuando apenas cumplía los cinco años, á los monjes de la Abadía de Monte-Casino para que aquellos santos religiosos perfeccionasen la obra de la educación empezada en el niño inocente. Comprendió la virtuosa dama de Caraccioli que su hermoso hijo era un regalo del cielo, y en una casa de religión quiso que se cultivase aquel pimpollo graciosísimo y que entre ejemplos de pureza y de santidad, abriese los ojos del conocimiento el que era con toda exactitud un ángel desterrado en el mundo.

Y después dirán muy cuadrados y formales los modernos regeneradores que no conviene dar alas y medros á la educación cristiana, que hay necesidad ó convnencia de mermar el influjo de los Colegios religiosos donde *se esclaviza la conciencia* (!) no poniendo en cambio reparo de ninguna clase en la apertura de escuelas laicas donde la religión es un sarcasmo y el libertinaje campea en toda su desvergüenza. ¡Absurdo!... al menos que se admita que Tomás de Aquino y otros incontables genios de la humanidad hayan tenido es.

clavizadas sus brillantes facultades y se quiera decir que gozan aires de libertad y de cultura toda esa otra patrulla de incalificables anfibios, morralla de la enseñanza oficial, mozalbetes de semillero, pelafustanes imberbes y procaces cuya base es la vulgaridad más soez y tabernaria, sus ribetes el charlatanismo y la garrulería más insoportables y la lanza que tratan de romper en todas las lides, su desvergüenza llevada al colmo por la falta absoluta de religión, de pundonor y de hidalguía. Y no vaya á creerse que hablo de memoria y por cierta manía de desfogue; hablo con conocimiento de causa y como testigo presencial que he sido de varios de esos tipos cuya sola presencia atosiga y produce bascas en todo corazón que conserve un fondo de nobleza y de caballerosidad.

Pero dejemos á estos gansos sociales y volvamos á nuestro niño angelical.

Puesto Santo Tomás á los cinco años bajo la custodia y la égida de los monjes de la celeberrima Abadía, no tardó en ofrecerse á maestros y á discípulos como un portento de virtud y un milagro de precocidad intelectual. En sus pocos años mostraba una sabiduría consumada y pronto el hijo mimado de los Condes de Aquino, llegó á ser en la Abadía lo que era en su casa: el Benjamín y el predilecto á quien todos admiraban y querían.

Era una tarde de apacible ambiente
De manso aroma y celestial color;
Iba gimiendo de placer la fuente;
Las auras iban suspirando amor.....

En esta tarde deliciosa y á la suave y melancólica luz vespertina, paseábanse por la huerta del monasterio algunos religiosos, que retirados del mundanal ruido contemplaban de lleno en lleno el panorama hermosísimo y rozagante de la naturaleza en que tan á ojos vistas se trasluce la gloria de su divino Autor. No muy lejos de los monjes y á la orilla de un manso arroyuelo en cuyas limpias aguas infinidad de flores admiraban sus hechizos, divertíanse en amigable consorcio los niños que con Tomás se educaban en el monasterio de Monte-Casino. Un santo gozo reinaba en aquellas inocentes almas y el júbilo más espontáneo y difusivo se reflejaba en las criaturas virginales que parecían ángeles venidos del cielo y jugando entre las rosas.

De pronto se apartó del bullicioso corro un niño, el más hermoso de aquellos inocentes, y colocado como una aparición en el fondo de la campiña, alzando hacia las nubes los rasgados y expresivos ojos y puestas sobre el pecho las manos, estúvose en esa actitud largo rato como deben estar los serafines en la presencia del Señor. Resplandecía la frente del niño como un cielo sin som-

bras, había en su mirada algo de la luz que brilla en los ojos de los genios y dibujábase en sus labios una onda de sonrisa que podían imitar los querubines en sus éxtasis de amor. Aquel niño era Tomás adorando á su Criador en el espejo de la naturaleza y en el fondo de ese espejo, en las páginas de ese gran libro, comenzaba ya á estudiar las maravillas de Dios.

Uno de los monjes que paseaba cerca de los niños, observó atónito la actitud misteriosa de Tomás y aproximándose á él, le preguntó por la causa de aquel arrobamiento y embeleso. Dos lágrimas como dos perlas rodaron entonces por las tersas mejillas del angelical infante al salir de la milagrosa suspensión en que se hallaba, y respondiendo á la pregunta del monje, le dijo:

—Estoy trabajando por comprender á Dios. Maestro, habladme vos de mi Hacedor; decidme ¿quién es Dios?

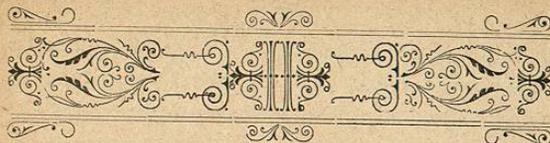
Sobrecogióse el monje ante la actitud nobilísima y gallarda del pequeñuelo que parecía bajar en aquel momento del Sinaí, y con dulcedumbre inmensa trató de explicarle algo de las grandezas del Señor. El niño escuchaba con atención y cuando hubo terminado el maestro, continuó el discípulo.

—Yo veo á mi Dios reflejado en la naturaleza; le siento, le oigo en multitud de maravillas que

son como los pasos con que mi alma camina hacia el cielo..... pero quisiera saber algo más, conocer más de cerca al común Señor de las cosas.

Calló el monje sorprendido de la grandeza de aquella alma y de los tesoros de ciencia y de virtud que se encerraban en el inocente corazón de Tomasito; y al narrar á los demás religiosos la entrevista tenida con el niño, seguramente repetirían todos absortos la pregunta que se hicieron muchos de los que presenciaron las maravillas obradas en el nacimiento del Precursor: *Quis puer iste erit?.... Nam et manus Domini erat cum eo.* ¿Quién pensáis que va á ser este niño en el que tan clara y ostensible se ve la mano de Dios?....

Así iba el cielo complaciéndose en evidenciar las gracias que había derramado á manos llenas en el noble vástago de los Condes de Aquino: así crecía éste en ciencia y en virtud en presencia de Dios y de los hombres, y en lo sucesivo, todos los alientos del alma de Tomás, todos los suspiros de su corazón, las lágrimas de sus ojos, los pasos de su vida, se redujeron á encontrar la respuesta más contundente y perentoria de aquella cuestión sublime que sobre la Divinidad se le ocurrió en la Abadía del Monte-Casino.



CAPÍTULO III

LA LUCHA Y EL TRIUNFO

Si la humana existencia fuese como la de sus progenitores en el estado de gracia y de amistad con Dios, sería la vida un paraíso de hermosuras sin una espina, ni una gota de sangre, ni una lágrima de tristeza. Pero en el estado actual en que se encuentra el hombre proscrito por su Dios y con el estigma del destierro en la frente, la vida es un Calvario continuo, una lucha sin tregua, un palenque donde las almas de temple y bizarría prueban á cielo abierto su desnudo y su valor. ¡Dichoso el que en la arena sabe ganarse la palma del triunfo!

De esta lucha sin cuartel contra los enemigos del hombre, no están exentos ni los mismos santos, los amigos de Dios; antes ellos, como héroes que son, deben sostener con más aguante el tur-